



Enrique Lafourcade, el crítico incorruptible e implacable

El grueso público conoce a Enrique Lafourcade por sus intervenciones en la pantalla chica y por su ya más que manoseada novela "Palomita Blanca". Unos cuantos ni siquiera han leído el libro. En este país se canta "Viva Loe" Se conformaron con una versión cinematográfica que nos llegó tarde y que nos dejó ese amargo sabor a que saben la mayoría de los libros que son llevados al cine. Quedan todavía los chilenos que lo siguen el rastro a él y a los tantos escritores que en este Chile han sido y pretenden ser. Estos lectores son los que, además de reírse, pasmarse o quedarse perplejos con las crónicas, sazonadas de citas eruditas y otras no tanto que Lafourcade publica cada domingo en "El Mercurio", están en conocimiento de la paternidad responsable del crítico de una larga familia de novelas. En 1950, Lafourcade saltó a la palestra literaria con una novela en prosa poética: "El Libro de Karen" (1952). A esta siguieron: "Pena de Muerte" (1959) "Novela de Navidad" (1965) etc.

"PALOMITA BLANCA"

En 1971, cuando el gobierno de la Unidad Popular estaba en su apogeo, Lafourcade escribió esta novela que, seguramente, ha sido la obra más publicada y leída de cuanto se ha escrito en Chile en los últimos treinta años. El narrador, fiel a una de las características de su Generación (la de 1957), se muestra aquí abierto, sensible e inteligente. La franqueza (¿quién más franco que Lafourcade?) - esta presente en cada página de la novela. Teniendo como punto de partida la amalgama, fusión o como quiera llamarsele, de los jóvenes de las distintas categorías de la sociedad chilena, se nos narra una simple historia de amor. Una liceana de estrato social bajo, enamorada de un rico y aristocrático adolescente del "Barrio Alto" santiaguino. Todo en un ambiente que es la radiografía fiel

de lo que era entonces la sociedad y la política de nuestra patria. Impacta, por su presentación sin metáforas ni eufemismos, la crisis familiar a la que ya nos hemos acostumbrado. María, la protagonista, ha perdido su padre en un accidente laboral (construcción de las Torres de Tajamar); su madre, Juana, es una alcohólica. Ella vive con una tía, lejos de sus nueve hermanos y del tío Beño, conviviente de su madre. Hay otros detalles sórdidos que preferimos obviar. No es mejor la familia de Juan Carlos, el protagonista masculino. El padre juega al golf, los hermanos están "por ahí". Consuelo arrastra su segundo matrimonio. Una olla de grillos donde nadie entiende a nadie y cada cual hace de su vida lo que quiera, de acuerdo a sus caprichos. El dinamismo de la novela y la riqueza psicológica brotan de los diálogos y la fidelidad con que se reproduce la "loloalía" (lenguaje juvenil) de esa época. Sensible, Lafourcade caía hondo en los personajes que, como bien apunta un crítico, siempre están perfectamente delineados. Sensibilidad e inteligencia se evidencian por la manera magistral con que crea ese tipo literario, María Acevedo, la colegiala pobre, enamorada, tímida y osada a la vez. Se requieren sensibilidad y arte para entregar una narración en primera persona que captando en su calididad la psicología de la adolescente nos hace conocer sus vivencias, sentimientos y temores. Más aún, con la aceleración típica de estudiantes de Enseñanza Media (Humanidades en la obra) ofrece un panorama periodístico de los críticos tiempos que vivía el país. Dadañ alguno de la sensibilidad de Lafourcade. Ello, si por sensibilidad se entiende la consabida sensibilidad del chileno. Esa que tensa al máximo las cuerdas de la emotividad y no deja

cabida al raciocinio. La sensibilidad de nuestro autor está lejos de la morbosidad. Equilibrada y clara, tiene tiempo para aliarse con la razón llegando a descubrir la belleza en su dimensión total y en su abstracta pureza. En "Palomita Blanca" lo sensible nos llega como consecuencia de la problemática que nace al argumento. Dijimos que era una simple historia de amor. La gracia está en que al contarla adquirió fuerza, belleza y sentimiento. Como buen crítico, Lafourcade es un agudo observador. Sus ojos son como la lente de una cámara fotográfica de alta precisión. Su mente capta y se apropia de las imágenes, de las palabras, los gestos y luego los devuelve, a través de la pluma, para nuestro asombro y placer. Pasa con "Palomita Blanca" lo mismo que en "Los Hijos del Arcoiris", nada escapa a su visión de la realidad circundante. No basta mirar, para decirnos en estas novelas, es preciso apropiarse y manejar con destreza lo observado para convertirlo en Literatura. (He ahí una actitud inteligente!). Pertenecía Lafourcade a una Generación que concibe la literatura por la literatura. No hay intención beligerante en el arte de estos escritores. En "Palomita Blanca" no hay opiniones, comentarios, sentencias o juicios que nos digan cuál es el bando de los buenos y cuál el de los malos. Es lo que ocurre también en "Los Hijos del Arcoiris", donde no se condena la filosofía (si es que eso fuere) de esos adolescentes locos que, cual nuevos hijos de Atila, forman hordas temibles que barren carreteras y avenidas en sus ruidosas motos. "La Fiesta del Rey Acab", "Inventos a dos Voces" y "Frecuencia Modulada" son otras tantas obras en las que, orbitando en la sincera exposición de los hechos se deja al lector la libertad de emitir juicios y tomar partido por alguna facción, si así lo desea.

LAFOURCADE, EL CRÍTICO

Pienso que hay dos clases de críticos. Los que claudican ante un público determinado para aparecer simpáticos y ganar adeptos y los insobornables o incorruptibles, los que dicen la verdad en su integridad, sin miedo, sin disimulos. En la Historia de la Literatura Chilena, hemos tenido tres grandes críticos. Su veredicto era inapelable. Su discurso, descarnado, cortante como tajo hecho con escalpelo, conagraba al escritor como digno exponente de la primera de las Bellas Artes o lo hundía para siempre. Fillos fueron: Omer Ernoth (Emilio Vaisse) que era francés, no chileno; Hernán Díaz Arrieta (Alone) y Miguel Ibáñez Langlois (Ignacio Valente). A estos tres, debemos agregar el nombre de Enrique Lafourcade. En su largo camino literario se ha "topado", cual otro Quijote, con personajes de todo tipo. Algunos linajados, otros "encopetados", otros, no tanto. También con la Iglesia, a la que no le hizo el quite como el hidalgo ("Con la Iglesia topamos, Sancho...") Y sin embargo, su última novela "Cristianas, Viejas y Puros" le mereció una elogiosa crítica de uno de nuestros más brillantes arzobispos eméritos. Es necesario dejar constancia de que pocos críticos han sido tan honestos, imparciales, inteligentes y perseverantes como Lafourcade. En su Generación se inscriben, entre otros, notables escritores, como José Donoso, a quien se le otorgó un tardío Premio Nacional, Jorge Edwards, Sara Vial, Guillermo Blanco, etc. En otras palabras, la Generación de 1957 debiera estar debidamente coronada de laureles pero, como siempre, Chile sigue siendo menquino con sus verdaderos artistas.

Mario Naceti Zerega.

Enrique Lafourcade, el crítico incorruptible e implacable

[artículo] Mario Noceti Zerega

Libros y documentos

AUTORÍA

Noceti Zerega, Mario

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Enrique Lafourcade, el crítico incorruptible e implacable [artículo] Mario Noceti Zerega

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile